

Una década de cine venezolano: el séptimo arte nacional de los últimos años

Los buenos momentos, así como las malas rachas, sirven para tener una idea y una perspectiva acerca de lo que está pasando en una época y en un momento determinado, ya sea a nivel político, económico o cultural. En la última década el cine venezolano, como forma y medio de expresión, ha mostrado un perfil que, sin llegar a ser radicalmente distinto a lo que históricamente ha sido desarrollado y pensado como séptimo arte, resulta inédito y novedoso en aspectos que permiten una lectura distinta y, por momentos, reveladora de una forma de pensar e interpretar la cinematografía nacional; una lectura que pasa no solo por quienes disfrutaban del cine venezolano, sino que también incluye a quienes hacen cine en Venezuela.

Para comprender esta última década del cine venezolano, al menos como un intento, partiremos de distintas interrogantes que surgieron no de este último periodo del séptimo arte nacional; al contrario, se trata de planteamientos que han estado presentes a lo largo de las últimas tres décadas de su historia, pero que son muy pertinentes para tener un fotograma más claro, hablando en términos fílmicos, que ayude a que cualquier balance o recuento de la cinematografía nacional sea integral y abarque diversos aspectos considerados como medulares.

Las interrogantes aludidas forman parte del contenido recogido en el libro *Panorama histórico del cine en Venezuela*, una publicación de la Cinemateca

Nacional que fue publicada en los años noventa, y que contaba con la colaboración de lo mejor de la crítica cinematográfica nacional; es, sin duda alguna, una fuente de consulta obligatoria. Las inquietudes planteadas ahí hace más de dos décadas, quedan resumidas de la siguiente manera: en primer lugar, se indaga en la posibilidad de clasificar y “agrupar, por tendencias, búsquedas expresivas o ideológicas”, el trabajo de los cineastas venezolanos. Segundo, ¿existe un sentido plenamente comunicacional, “una conciencia comunicacional en el cine venezolano”? Tercero, en cuanto al *nivel cualitativo* que por momentos muestran contadas producciones nacionales, ¿Cómo catalogar estas producciones? ¿Existen constantes identificables o solo predomina un juicio aleatorio? Cuarto, ¿influye el bagaje cultural y teórico de cada cineasta nacional en el resultado de sus producciones? Quinto, ¿Qué se puede decir de las coproducciones en el cine nacional? Por último, ¿Cuál es el rol de los equipos de realización en el cine venezolano? ¿Es determinante la presencia de estos en las realizaciones?

Replantear estas interrogantes en el contexto actual del cine venezolano no es, como dice la canción, llover sobre mojado; se trata de buscar constantes, metodologías, formas de repensar el cine nacional y las modalidades mediante las que se está haciendo cine en Venezuela, esto para buscar el sentido a circunstancias inéditas como la que experimentó la cine-

Estamos en presencia de un reportaje que nos da cuenta de lo que ha sido el desarrollo del cine venezolano en estos últimos diez años (2005-2014). El reportaje parte de un grupo de interrogantes que fueron planteadas en el libro Panorama histórico del cine en Venezuela, una publicación de la Cinemateca Nacional (1990). ¿Y el futuro? Para responder a ello el autor concluye formulándose sus propias preguntas: ¿cómo se adaptará el cine nacional a los años que vienen? ¿Qué tipo de cine predominará? ¿Tendremos más coproducciones como Pelo malo, Azul y no tan rosa o La distancia más larga? ¿Se repetirán los presupuestos millonarios de Libertador? ¿Se puede hablar de una generación de relevo?

■ JESÚS ABREU

matografía nacional, en la que dos películas venezolanas, de directores venezolanos, de repente se alzaron con los galardones más importantes en festivales considerados de primera categoría a nivel internacional.

Para tratar de responder las interrogantes previamente expuestas, y que forman parte de un añejo debate acerca del cine nacional, tendremos como aliada, o comodín si se quiere, la lista de estrenos de largometrajes nacionales comprendida entre los años 2005 y 2014, registro con el que cuenta el Centro Nacional Autónomo de Cinematografía (CNAC), y que podría considerarse como el reflejo directo de lo que se hizo y de lo que se dejó de hacer, de lo resaltante y de lo intermedio; es, en definitiva, un importante antecedente. Veamos.

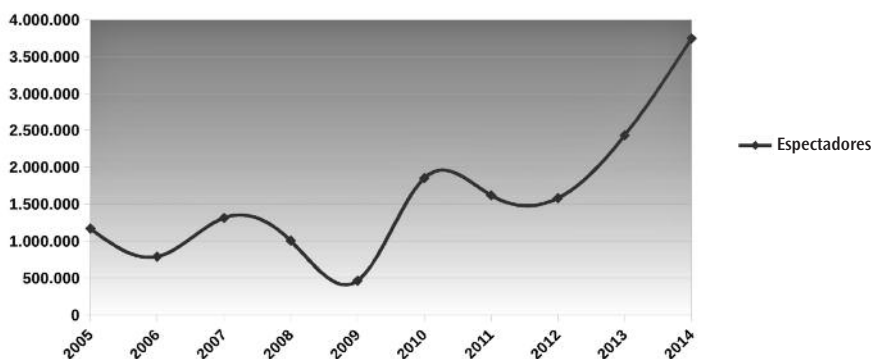
En el año 2005 se estrena *Secuestro Express*, un filme de Jonathan Jakubowics. Este es un largometraje que, siguiendo una larga lista de películas nacionales de la década de los ochenta y que reflejaban una realidad dura, mezclaba la acción y el drama, tocando una vez más la fibra de lo nacional, de los problemas presentes en la sociedad. Si bien no tuvo grandes elogios, tampoco fue un fracaso, sobre todo porque contaba con buenas actuaciones y un nivel aceptable en cuanto a producción. Ese mismo año se estrena *El caracazo*, una película de Román Chalbaud en la que las críticas no estuvieron ausentes, algunas por el enfoque del director, otras por la forma y el fondo, en fin, el estilo siempre polémico de un maestro del cine nacional.

Para el año 2006, los largometrajes más llamativos fueron *Francisco de Miranda*, de Diego Ríquez y su particular estilo de dirección, otro veterano del cine nacional. *Habana-Havana*, de Alberto Arvelo y su constante búsqueda en la importancia de las historias que narra en cada largometraje.

El calendario indica que estamos en el año 2007, de aquel año es necesario rescatar varios largometrajes, es así como nos encontramos con *Miranda Regresa*, de Luis Alberto Lamata; *Postales De Leningrado*, de Mariana Rondón y *Puras Joyitas*, una producción de Henry Rivero y César Oropeza. Hay algo interesante que predominará en los años siguientes y que ya empezaba a despuntar, esto es el factor generacional en el cine venezolano.

Entramos al año 2008, año de relevancia en la cinematografía nacional por la cantidad de películas estrenadas. De ese año

NÚMERO DE ESPECTADORES 1976-2014



Nota: El criterio utilizado para la definición de obras nacionales producidas durante cada año es "La primera exhibición Observaciones pública tuvo lugar durante el año reportado". Este criterio según lo dispuesto por la UNESCO Cuestionario Sobre Estadísticas de Películas de Largometraje



Un dato macro, en cuanto a realización de largometrajes o producciones nacionales, nos indica que entre el año 1973 y 1993 se realizaron 174 películas nacionales, lo que significó que el promedio de producciones por año fue de siete/ocho largometrajes.

destacan producciones como *El Tinte de la Fama*, de Alejandro Bellame; *Cyrano Fernandez*, de Alberto Arvelo, *El Enemigo*, de Luis Alberto Lamata, *Macuro*, de Hernán Jabes y *La Virgen Negra*, de Ignacio Castillo. Paradójicamente, al año siguiente la cartelera nacional mostró pocos estrenos, quizá un rasgo de inconsistencia característico del cine nacional que tantas veces se ha mencionado. De aquel año 2009, precisamente nueve fue el número de producciones estrenadas, destacan *Día Naranja*, de Alejandra Szplaki y *Un Lugar Lejano*, José Ramón Novoa.

Para tener una idea de lo que significó el número de estrenos correspondiente al año 2008, es necesario detenerse en el número de estrenos registrados en el periodo que va del año 1976 al 1978, etapa del cine nacional en el que se implementa una

política de créditos para producciones nacionales; pues bien, en el lapso de esos dos años se estrenaron 34 películas. Un dato macro, en cuanto a realización de largometrajes o producciones nacionales, nos indica que entre el año 1973 y 1993 se realizaron 174 películas nacionales, lo que significó que el promedio de producciones por año fue de siete/ocho largometrajes. Estos datos forman parte de varios registros expuestos en la publicación *Panorama histórico del cine en Venezuela*.

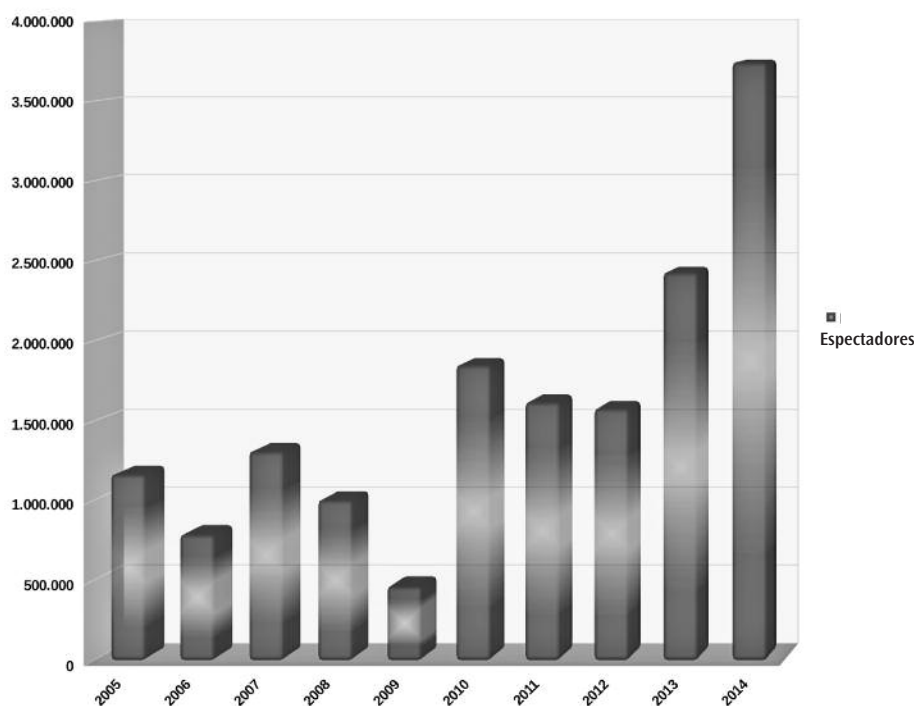
Llegamos al año 2010. Catorce largometrajes estrenados y un incremento notable en cuanto a producción, dirección y creación de guión, una muestra de lo que veríamos en los años siguientes. De aquel año resalta *Hermano*, de Marcel Rasquin; *La Hora Cero*, de Diego Velasco; *Habana Eva*, de Fina Torres; *Taita Boves*, de Luis Alberto Lamata; *Las Caras Del Diablo*, de Carlos Daniel Malavé y *Muerte en Alto Contraste*, de César Bolívar.

El año 2011 es un periodo interesante por la combinación de factores que confluieron en ese periodo; hablamos de largometrajes nacionales que son producciones bien logradas, historias pequeñas con un tratamiento narrativo con muy pocas grietas, tecnología y equipos acorde a los tiempos actuales, y la conformación de equipos sólidos de trabajo detrás de la dirección, producción, edición y montaje de los largometrajes. Se podría hablar de este año como el año redondo del cine nacional, entendiendo esto no como una ingenuidad, sino teniendo en cuenta una visión integral de la cinematografía nacional. Hablamos de un salto claramente cualitativo en diversos géneros cinematográficos como el cortometraje, considerado por muchos directo-

Nro	Año	Obras Nacionales Estrenadas en el año	Obras Nacionales en estreno con continuidad	Obras Nacionales con Reestreno	Total	Espectadores
1	2005	4	0	1	5	1.167.745
2	2006	11	5	4	20	787.386
3	2007	13	11	9	33	1.311.718
4	2008	32	9	6	47	1.002.807
5	2009	9	11	3	23	462.748
6	2010	14	11	11	36	1.850.264
7	2011	16	11	12	39	1.617.745
8	2012	13	17	10	40	1.578.342
9	2013	21	10	30	61	2.429.560
10	2014	16	11	6	33	3.747.225

* Cifras acumuladas al 24/09/2014

NÚMERO DE ESPECTADORES 2005-2014



res como la base del aprendizaje del oficio de la dirección cinematográfica. Asimismo, el documental, género de un gran pasado en nuestra historia cinematográfica, se muestra renovado.

De ese año 2011 destacan producciones como *El Chico que Miente*, un *roadmovie* premiado en festivales internacionales, y que fue logrado por un equipo de trabajo realmente interesante conformado por la directora peruana Marité Ugás y la directora venezolana Mariana Rondón, en esta oportunidad como productora; una dupla que daría de qué hablar en años posteriores con *Pelo Malo*. Diego Rísquez y su cine pictórico y surrealista, sintetizaba la maestría en la dirección, la actuación en la conformación de un gran reparto de gran conformación de un gran reparto de gran actores y el guión preciso en una pieza

como *Reverón*. Alberto Arvelo con un doble impacto, la música y el cine, mostraba la magia del Sistema de Orquestas Nacionales con *Dudamel: El Sonido de los Niños*. El género de cortometraje no se quedaría atrás, *Cortos Interruptus*, una propuesta colectiva de un grupo de jóvenes directores, mostraría una forma diferente de hacer y mostrar cine nacional. De regreso al largometraje de ficción, aparecería *El Rumor de las Piedras*, de Alejandro Bellame; *Travesía del Desierto*, del mexicano Mauricio Walerstein y *Patas Arriba*, de Alejandro García Wiedemann.

El buen momento del cine nacional no tendría pausa alguna en el año 2012, la síntesis entre experiencia y nuevos enfoques para la creación de historias dejaría resultados como *El Manzano Azul*, de

Olegario Barrera; *Piedra, Papel o Tijera*, de Hernán Jabes y *Azul y no tan Rosa* (Premio Goya como mejor película iberoamericana), de Miguel Ferrari.

En el género documental, la maestría de Carlos Oteyza y Atahualpa Lichy mostraban un país, a veces distante, mediante el relato de sus protagonistas; Oteyza lo hacía usando la metáfora de la memoria colectiva con *Tiempos de Dictadura*; Lichy, mostrando el reflejo de las tradiciones de un pueblo en la pieza documental *El Misterio de las Lagunas*, *Fragmentos Andinos*, dos piezas que reflejan lo mejor de aquel año.

El 2013 fue un año de nuevos esquemas en el cine nacional. Si se observa con detenimiento la cartelera de estrenos de ese periodo, nos encontramos con una variedad de producciones cinematográficas realmente llamativa. Por un lado, producciones de corte documental como *El Yaque*, *Pueblo de Campeones*, de Javier Chuecos y *De Navios, Ron y Chocolate*, de Malena Roncayolo continúan apostando al relato histórico, diacrónico. Por otra parte, producciones de un grado de realización cada vez más global, con tratamientos narrativos más especializados como el largometraje *Esclavo de Dios*, de Joel Novoa, demuestran la influencia y preparación de las nuevas generaciones de cineastas venezolanos. Esa misma cartelera mostraba el primer *thriller* nacional, *La casa del fin de los tiempos*, de Alejandro Hidalgo; *Los Pájaros se van con la muerte*, de Thaelman Urgelles; *Azú*, de Luis Alberto Lamata; *Papita, maní, tostón* (comedia que estableció un nuevo récord de taquilla que no había sido superado en años), de Luis Carlos Hueck y *El Regreso* (Premio a la mejor película en el festival de cine de Mérida), de Patricia Ortega. Una variedad de historias muy bien contadas que, definitivamente, reflejan nuevos tiempos en la cinematografía nacional.

El año que está corriendo, y que pronto despediremos, plantea diversos desafíos que la cinematografía nacional ha tenido que encarar cuando se presenta un periodo de cosas favorables, es decir, tratar de sostener todo lo que haya implicado beneficios al séptimo arte nacional y corregir o ajustar lo que tenga que replantearse. No es una tarea fácil, por un lado el entorno venezolano es muy cambiante, sobre todo si se tienen en cuenta factores políticos y económicos, elementos que, históricamente, han tenido influencia en la siempre vulnerable industria del cine venezolano.

Breve disertación respecto al momento actual del cine nacional

Personalidades ligadas al cine venezolano comparten su visión del presente del cine venezolano. Aquí un extracto de varias entrevistas realizadas a varios de ellos:

El momento actual del cine nacional, con varias películas premiadas a nivel internacional, es ya considerado como un periodo exitoso, ¿Cuál es su perspectiva al respecto?

—El fenómeno del cine actual y el momento de nuestro cine es algo que está siguiendo su curso natural de evolución. Hay varios factores, pero lo importante es preguntarse qué es lo que marca el crecimiento de nuestro cine. El cine venezolano, cada vez más, aborda otros géneros. Creo que hay muchas miradas diferentes y hay historias con las que la gente se conecta. Y pienso que lo que marca la identidad del cine venezolano es que se hace aquí en Venezuela. No me gusta hablar de identidad pura del cine venezolano, creo que ahora lo que marca la identidad del cine nacional es dar diferentes miradas a través del arte audiovisual de una cultura multifacética como la nuestra. Tenemos expresiones de distintos estratos sociales, culturales, y cada película tendrá eso. (Alejandro Hidalgo, cineasta y director del *thriller La casa del fin de los tiempos*, 2013).

—El cine venezolano ha crecido en varios aspectos. Desde el punto de vista cuantitativo nunca se habían hecho tantas películas por año como ahora. También el cine venezolano se ha diversificado en su temática, ha dado un salto cualitativo en cuanto a los parámetros de realización y producción. Estamos ante nuevas generaciones que han creado un nuevo paradigma en cuanto a calidad de producción y realización y, sin duda, estamos ante un cine que, respecto a décadas inmediatas anteriores, ha mejorado. Por el lado del guión sigue habiendo debilidad, y cualquiera puede pensar que estoy resollando por la herida, porque yo soy guionista. Pero sí hay debilidad. Lo digo como espectador y como guionista. Hace falta reforzar ese rol, que adquiera relevancia. Pero sin duda, la narrativa fílmica ha mejorado. (Armando Coll, quien ha sido guionista de varios

largometrajes nacionales como *El tinte de la fama*, 2008 y *Reverón*, 2010).

—El momento que vive el cine nacional es contradictorio y se puede decir que, por lo menos, complejo. Si bien hay avances en una cantidad de factores, como por ejemplo, hay más dinero para hacer cine, con lo cual se ha podido producir una gran cantidad de películas —no en los últimos tres años, pero sí en los anteriores—, han surgido una cantidad de realizadores nuevos, el público ha estado respondiendo, las películas han tenido éxito a nivel internacional y, además, ha habido un aprendizaje y recursos para sustentar ese aprendizaje; digo que es contradictorio porque la ambición de nuestras películas ha disminuido, hay un producto más o menos medio y eso no tiene que ver con premios, sino con una ambición creativa, de ser capaces de representar los conflictos de una sociedad, del ser humano, y el cine venezolano está ajeno a eso. (Thaelman Urgelles, cineasta venezolano. *Los platos del diablo*, 1992; *Los pájaros se van con la muerte*, 2013).

La década de los años 70 y 80 fueron periodos de relevancia para el cine nacional y usted pudo ser testigo de eso, ¿qué se puede rescatar de aquellos años?

—Fue una época de la que puedo rescatar muchas cosas, fue un momento en el que se obtuvieron resultados importantes, como la calidad de las películas y el encuentro con el público. No olvidemos que en los años sesenta la gente iba mucho más al cine que ahora, por distintos factores, sí. Pero el cine venezolano llegó a estar hasta con seis películas venezolanas dentro de las más taquilleras en años en los que había monstruos como *Tiburón*, que en el mundo entero era la número uno y en Venezuela era la segunda o tercera. Ese fue un *boom* extraordinario que no hay que olvidarlo, porque es lo que crea las bases para lo que va a hacer el cine de hoy. (Atahualpa Lichy, director y documentalista venezolano. *Río negro*, 1990; *El misterio de las lagunas*, 2011).

Por ahora, disfrutemos del largometraje ganador de la Concha de Oro en la edición del Festival de San Sebastián del año pasado, hablamos de *Pelo Malo*, de Mariana Rondón; también, por qué no, de varias coproducciones, algunas con presupuestos de cifras inéditas para el cine venezolano, como *Libertador*, último largometraje de Alberto Arvelo, con ciertos matices políticos e ideológicos; otras, como *La distancia más larga*, de Claudia Pinto, presentando un presupuesto no tan exorbitante, pero de una calidad indudable. También hay que hablar del llamado cine guerrilla como la reciente producción, prácticamente casera,

Pipi mil, Pupú 2 Lucas, de Enrique y Fernando Bencomo.

La gran pregunta que la mayoría de los críticos se hace es ¿cómo se adaptará el cine nacional a los años que vienen? ¿Qué tipo de cine predominará? ¿Tendremos más coproducciones como *Pelo malo*, *Azul y no tan rosa* o *La distancia más larga*? ¿Se repetirán los presupuestos millonarios de *Libertador*? ¿Se puede hablar de una generación de relevo? No parece sencilla la situación, sobre todo en el panorama político y económico. El cine no fue y no es ajeno a esos factores. ¿Qué papel tendrá el cine y quienes hacen cine en los próximos

años? Esas pueden ser las interrogantes que den inicio al añejo debate del cine nacional, una vez más.

JESÚS ABREU

Estudiante de periodismo (UCAB) en situación de tesista.

Referencias

- ACOSTA, M. José. (1997): *Panorama histórico del cine en Venezuela*. (Primera edición). Caracas. Fundación Cinemateca Nacional.
- Estadísticas Centro Nacional Autónomo de Cinematografía, obras cinematográficas venezolanas de largometraje estrenadas (periodo comprendido entre 01/01/2005 y 01/09/2014).